



Sobre el miedo, el terrorismo, los refugiados, tú y yo

JOTA LLORENTE. Federación Pinardi. Madrid

Escribo estas líneas tres semanas después de los atentados mediáticos de París. Utilizo el adjetivo mediático para hacer distinción con el resto de atentados del mismo corte que están teniendo lugar en el resto del mundo pero carecen de la repercusión mediática de lo que un atentado en Europa supone. Este mismo hecho ya debería hacernos reflexionar sobre nuestra posición en algunos aspectos y valor de la vida humana, parece que no todas las vidas humanas valen lo mismo ni merecen el mismo respeto. No sé bien cuándo leerás esto ni si habrá pasado “algo más” en el mundo, sin embargo lo vivido estos días y el cómo se ha vivido creo que merece que nos detengamos un momento, tal vez leído con la perspectiva del tiempo sea como el mejor vino, que mejora la reflexión, tal vez.

La primera situación que os traigo ocurrió al día siguiente de los atentados de París. En las calles de la capital francesa se improvisa-

ron altares con flores y velas, hubo concentraciones y el silencio sobrecogía a una ciudad llena de vida. En uno de estos memoriales, en la plaza de la República, se vivió un momento de los más emotivos. Un musulmán, con el rostro tapado por un pañuelo, se situó en medio de la plaza y se dirigió a todos los presentes para compartir su dolor. El joven llevaba encima un cartel donde se leía: *“Soy musulmán, pero dicen que soy un terrorista. Confío, ¿Tú confías en mí? Si es que sí, abrázame”*. Inmediatamente después, muchas de las personas de distintas culturas, religiones y clases sociales le abrazaron. Algunos tomaron videos e hicieron fotografías que han dado la vuelta al mundo. Los medios dieron cobertura a esta noticia a la vez que mezclaban en sus titulares las expresiones “Siria”, “refugiados”, “inmigrantes”, “musulmán”, “islámico” con “terrorismo”, sin apenas tiempo para la reflexión estas palabras se mezclan también en nuestras cabezas y nos conducen, alimentadas por las imágenes de TV, al miedo. Un miedo, tal vez fundamentado en el terror, hacia lo desconocido, lo distinto y que no distingue origen, religión o cultura. Todo entra en el mismo saco y ver a una mujer con velo por la calle ya nos produce una sensación de desasosiego.

En esta misma línea una joven animadora de un centro juvenil de Madrid me contaba el otro día como **dos compañeras suyas, de origen árabe –incluso llevan el velo, me dice la animadora–, estaban siendo apartadas de la vida normal de su clase en la universidad**. Es más alguno de sus compañeros las increpó llamándolas terroristas y que no eran dignas de estar en una universidad pública. Ellas por su parte no entienden bien lo que está pasando. Son amigas mías desde que comenzamos juntas la carrera, nunca nadie se había metido con ellas y de repente de la noche a la mañana son “el enemigo”. Las dos jóvenes universitarias, creyentes ambas, concedoras de la vida

cristiana de la animadora le pidieron en un momento determinado rezar juntas, cada una a su Dios, pidiendo perdón por el odio humano y pidiendo la paz para el mundo.

Las acciones que os traigo nos muestran que otro mundo es posible, que el diálogo y el respeto mutuos están por encima del terror impuesto y de las manipulaciones mediáticas. Está en nuestras manos, en nuestras pequeñas acciones, en la acogida y el respeto mutuo. Son historias reales unas de aquí otras de allá, la verdad es que toda esta situación nos lleva a un miedo hacia lo desconocido o diferente que excluye y aparta al que no es como nosotros. Los medios y las redes sociales no ayudan. La política del miedo es y ha sido efectiva siempre y esto hace que las personas se separen.

Unido a todo esto se ha generado un ambiente que lleva también a un miedo a los refugiados poniéndonos una venda que nos impide ver lo que está pasando. **Alejandro José Mendoza es misionero salesiano en Siria desde hace 4 años**, justo desde el inicio de la guerra. Tuve la oportunidad de conocerle en una serie de charlas que dio por España. Nos contaba su experiencia y cómo esta guerra ha cambiado a todo el mundo allí. Es muy diferente oír hablar de los refugiados a los medios que a alguien que está viviendo allí. Os traigo algunas de sus intervenciones en estas charlas o entrevistas que ha dado en su estancia por aquí.

“Si nos comparamos, nos sentimos afortunados. Por ejemplo, en Damasco, a nosotros nos cortan la electricidad todos los días cada 8 horas, pero en Alepo tienen 1 hora de electricidad cada dos días. A nosotros nos puede faltar el pan, pero a ellos les falta el pan y todo tipo de alimento. A nosotros nos falta el agua 4 horas al día y ellos han estado 3 semanas sin agua. Hay problemas con el combustible y la gasolina. Damasco está protegido, pero en Alepo se sufre más”.

¿Cómo se convive con la guerra?

“Dentro de la guerra, rezamos con todo el corazón todos los días para que termine lo más pronto posible, pero dentro de la vivencia del Evangelio ha habido muchas bendiciones. Antes de la guerra, nuestra obra era un oratorio que atendía 150 niños en edad escolar. Cuando la guerra empeoró en Damasco, los padres sintieron miedo y dejaron de enviar a los niños, ya solo teníamos 15 ó 20. Comenzaron a llegar las ayudas y queríamos atender a las familias que más necesidades tuviesen, por ello fuimos a hablar familia por familia. Empezamos a ir a las casas para escucharles y entender las situaciones. El primer objetivo era ofrecer consuelo, fuerza y ánimo y en segundo lugar ver quiénes tenían más necesidad para ofrecer la atención”.

¿Cómo está la juventud en Siria?

“Los jóvenes viven en una situación muy difícil de desesperanza. Un joven que está estudiando la universidad y ve que su primo, que ha estudiado siempre, muere a causa de un proyectil. Entonces él observa la situación y piensa “¿de qué me sirve estudiar tanto, si esto es una lotería?”. Otra cosa muy

“...otro mundo es posible, el diálogo y el respeto mutuos están por encima del terror impuesto y de las manipulaciones mediáticas; está en nuestras manos, en nuestras pequeñas acciones, en la acogida y el respeto mutuo”

difícil para los varones es el servicio militar obligatorio. Allá la regla es que quien no entre a la universidad tiene que hacer este servicio y quien termine la universidad igual. Ahí está lo más existencial ¿para qué estudiar, si en 5 años estoy condenado a arriesgar mi vida con un porcentaje muy alto de morir y por una causa de la que no estoy convencido?”. Tú debes decidir cada día si mandas a tu hijo a la escuela, sí o no. Con la cosa que si no lo mandas, estas arruinando su futuro y si lo mandas, estás arriesgando su vida”.

“Nosotros tratamos de hacer “vida normal”, nuestra obra es en el centro de

Damasco, es un poco lejos de la zona donde viven los cristianos. Para ayudar, porque de otra forma no vendrían nunca, enviamos buses a buscar a los niños. En el último verano, tuvimos 1.200 niños y jóvenes, pero en los dos últimos años hemos trabajado con unos 500 - 600. En la iglesia no caben más de 300 personas y el último verano era una locura, estábamos todos en el patio jugando y otros estaban en misa, entraba un grupo de niños detrás de otro, ofrecíamos 3 ó 4 misas. También ofrecemos actividades integrales, actividades de formación, deportes, juegos, así como el almuerzo y la merienda, es una forma más humana y familiar de ofrecer una ayuda material sin necesidad de dar un cheque o un kilo de arroz”.



vechan. Sobre todo los varones, las chicas piensan más en quedarse con la familia. Si vas por las calles, solo hay niños, ancianos y mujeres”.

Escuchar a Alejandro cambia por completo la perspectiva que uno tiene de esta situación. Se hace uno consciente

Cómo os enfrentáis al peligro?

“Si yo noto que están tirando proyectiles, no puedo decidir con facilidad cerrar el oratorio porque es el único lugar los niños tienen para vivir, no les puedo cerrar la casa... es su fortaleza. Hace casi un año, estaban cayendo misiles, avisé para que nadie fuera a misa. Cuando eran las 5, llegó un grupo de 25 jóvenes que vinieron caminando desde uno de los lugares más lejanos. Yo los regañé, pero me dijeron “¿quién eres tú para decirme que no venga a misa?”.

Qué opciones tienen los jóvenes en Siria?

“Cuando el hijo varón termina la universidad, está la opción de venderlo todo y andar esta aventura de empezar de cero: sin lengua, sin estudios... pero es la única forma de salvar la vida del hijo. El momento crítico es cuando los jóvenes llegan al quinto año de la universidad. Cuando las familias ven la oportunidad de irse antes, la apro-

che de que los medios están utilizando “personas” convertidas en números para tapar una situación de dolor concreta y esa venda nos impide acercarnos a comprender lo que allí está pasando. No sé si el texto que os traigo puede acercarnos a comprender un poco más esta realidad, sino fuera así os invito a hacerlo, pero no por papeles, sino buscando personas concretas, historias concretas, que hablan de dolor y sufrimiento, de lo que significa abandonar un país y una vida para comenzar una nueva en un lugar desconocido. Te aseguro que os cambia la perspectiva.

Para cerrar os traigo a **Zena, una mujer etíope que trabaja en una de las plataformas sociales de Madrid**. Zena es una mujer valiente que ha recorrido medio mundo hasta que ha encontrado un hueco en Madrid. A la sensación de abandono que tiene por haber dejado su país se une la sensación de desprotección que ha recibido por parte de la administración y de algunas ONG por las que ha pasado. Le ha costado un proceso de años volver a sentirse humana, ganarse el pan con su propio trabajo y poder pensar en un futuro. Zena nos habla de la experiencia dura de la vida del desarraigo. En la actualidad tiene el estatuto de refugiada en España, pero es consciente de que este no es su país y que al suyo no podrá volver. Recuerda con dolor todo lo que ha tenido que pasar y se le llenan los ojos de lágrimas cada vez que ve en la TV lo que está pasando en Siria. “Si la gente supiera lo que están sufriendo estas personas por salir de allí abrirían las puertas y no se preocuparían de los números. ¿Por qué nos cuesta tanto comprender el dolor del otro?” Nos comenta alguna vez en el lugar de trabajo. “Yo nunca olvidaré todo lo que he pasado, ahora vivo en España y vivo bien, pero no puedo olvidar. Quiero trabajar, quiero hacer mi vida, no quiero que nadie, nunca, me la vuelva a quitar”.

